

## INVESTIGACIÓN | HELLÍN, EL ESPARTO Y 40 AÑOS DE URBANISMO



## Presidir la nada

El lugar más privilegiado de la futura avenida se reservó para una cruz que se erigió en honor a los caídos de la guerra. Se colocó en 1944, presidiendo la nada, pues de la Gran Vía apenas se había hecho nada. Costó 75.000 pesetas que se pagaron, en parte, con una suscripción popular. / FONDO MARIANO ANDÚJAR TOMAS



## Urbanismo en plena posguerra

En 1949 el primer tramo de la Gran Vía con las obras ya finalizadas presentaba este aspecto. Trazar una avenida de 25 metros de ancho, con saneamiento separativo para aguas pluviales y residuales, eran todo un signo de modernidad más aún en un momento de posguerra con el hambre acechando. / FONDO MARIANO ANDÚJAR TOMAS



## Todo un complejo deportivo

Con las obras sin terminar, en 1950 se inauguró con un amistoso entre el Real Murcia, de primera división, y el Hellín Deportivo, el campo de Santa Ana. El complejo se fue completando con otro campo de baloncesto, pista de tenis, una piscina y hasta una caseta para fiestas con pista de baile. / FONDO MARIANO ANDÚJAR TOMAS

**La expansión urbana del Hellín de la Gran Vía es deudora de los suculentos ingresos que dejó el esparto en los años 40 y 50.**  
Antonio Callejas publica una completa investigación que descubre como surgió esta 'nueva' ciudad

MAITE MARTÍNEZ BLANCO / ALBACETE

El esparto es hoy una fibra olvidada. Pero antaño fue un auténtico maná. Sobre Hellín cayó entre los años 40 y 50, transformando la ciudad. «Sin el esparto, el Hellín de hoy sería otro», afirma rotundo Antonio Callejas Gallar. Lo dice con conocimiento de causa tras andar siete años rastreando los papeles del Archivo Municipal de Hellín. Su interés por el Urbanismo le llevó a iniciar esta investigación, que ahora ha dado a conocer en el libro *Evolución urbana de la ciudad de Hellín (1939-1979)*, una completa publicación en la que repasa una treintena de obras públicas y operaciones urbanísticas acometidas por la ciudad durante las cuatro décadas que duró la dictadura. El libro ha sido editado por el Instituto de Estudios Albacetenses.

El autor sostiene que el ordenado urbanismo de la Gran Vía, el emblemático parque municipal y muchas de las instalaciones deportivas y educativas que cuajaron en el nuevo ensanche hellinero, fue posible gracias a los suculentos ingre-

sos que las arcas municipales recibieron gracias al despegue económico local que trajo el esparto.

«Mientras en media España se estaban quitando el hambre a puñetazos, en Hellín se hacía urbanismo», subraya el investigador local. Eso sí, con un abastecimiento de agua tan pésimo que causó reiterados brotes de fiebres tifoideas y un servicio eléctrico tan precario que complicó el auge fabril.

**UN MANÁ CON CADUCIDAD.** Terminada la guerra civil, la dictadura franquista respondió con la autarquía al bloqueo económico internacional. Prohibida la importación de fibras exóticas como el yute o la fibra de coco, el esparto autóctono se hizo imprescindible. Tenía mil y un usos, sacos de arpillera, cachos, cordelería de todo tipo, incluso redes de pesca y hasta el papel se fabricaban con ese esparto que hoy abandonado prende nuestros montes. El 5 de abril de 1940, Franco declaró el esparto de interés nacional. Todo, desde las matas a pie de monte a su manipulación, era controlado por el Servicio Nacional de Esparto para evitar el estraperlo.

Hellín, situado en el corazón de Espartalia -así tildaron los romanos al sudeste español-, se vio bendecido. Las fábricas de picado de esparto proliferaron, hasta 41 factorías llegaron a funcionar en las inmediaciones de la Loma de la Charca. El esparto de Albacete y Murcia era de calidad suprema, el único que servía a la industria de arpillera, el que más se pagaba. Se impuso un férreo control para evitar el contrabando de esparto que se castigaba como el de alimentos.

Y Hellín floreció. Los hombres trabajaban en el monte y en los mazos que picaban la fibra se empleaba a mujeres. Empresarios de otros ramos se reconvirtieron en industriales del esparto, mientras el Ayuntamiento de Hellín veía engrosar sus arcas gracias a cinco grandes montes espartales de su propiedad que sacaba a subasta cada campaña. Las más de 11.000 hectáreas de monte público daban una cosecha de has-



# El oro verde que transformó una ciudad

## Agua contaminada y electricidad racionada

El floreciente urbanismo y el apogeo económico de la posguerra hellinera, contrasta con el pésimo abastecimiento de agua que sufrió y el deficitario suministro eléctrico, dos cuestiones a las que Antonio Callejas dedica sendos capítulos.

La luz llegó a las calles de Hellín en 1896 gracias a una central que se construyó en el Molino de Falcón, en el río Mundo. En los años 40 había cuatro centrales, gestionadas por dos empresas, Eléctrica Chinchilla y Eléctrica San Diego, con cuatro centrales que fueron sufi-

cientes para atender las necesidades de Hellín hasta que se desató la fiebre del esparto y proliferaron las fábricas de picado. El problema se agravó con la sequía de 1944 y hubo que racionar el suministro eléctrico. Hubo una temporada en la que únicamente se permitió abrir las fábricas un día por semana. Los industriales con posibles instalaron generadores de aceite para hacer funcionar sus fábricas, hasta que en 1945 los empresarios lideraron un movimiento que terminó con la intervención de la Electra Albacetense que conectó a Hellín con la «red general peninsular».

El problema de abastecimiento de agua potable a Hellín, por contra, se enquistó años. El pueblo siempre bebió del manantial de la



### Un Fisac como Instituto Laboral

Hellín fue uno de los 74 municipios de España con Instituto Laboral, gracias a que su Ayuntamiento cedió el terreno, pagó dos tercios de la obra, ofreció viviendas para los profesores y contrató a un administrativo y un ordenanza. El edificio, firmado por Fisac, es el actual IES Cristóbal Lozano. Se inauguró en 1957. / ARTURO FELIPE



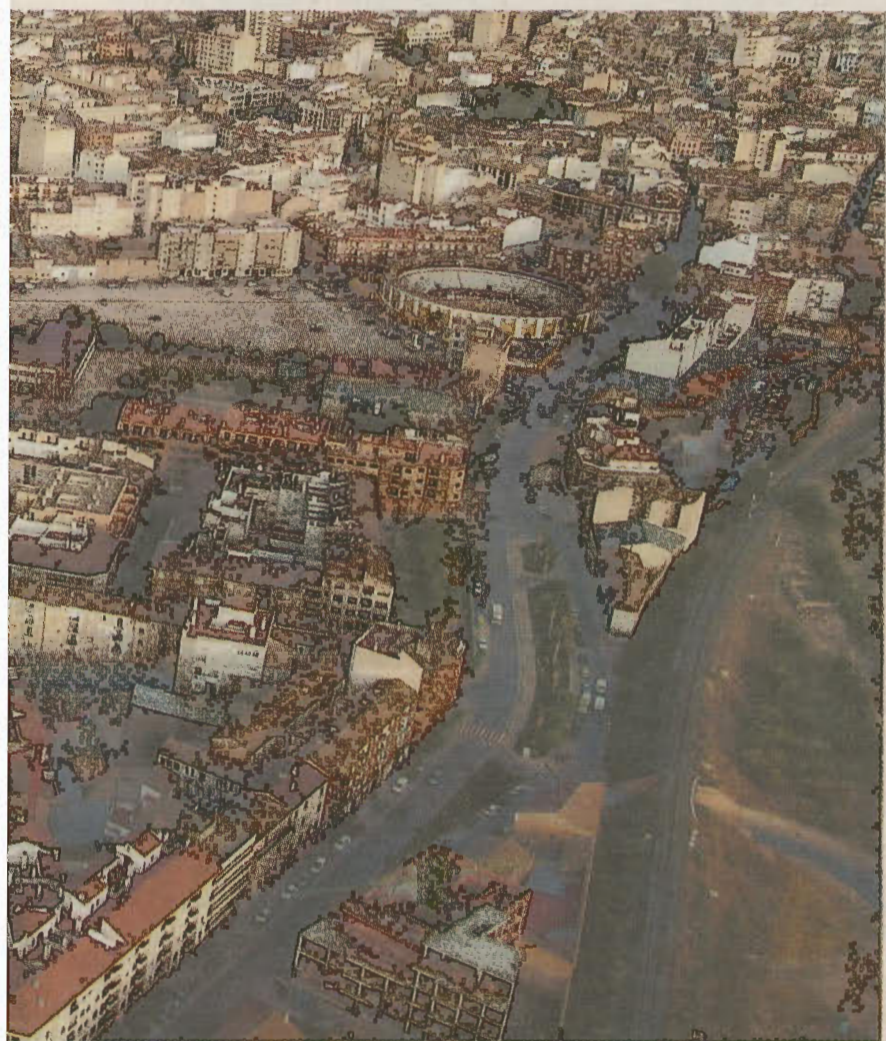
### El picado, trabajo para las mujeres

Eran las mujeres las encargadas de ir metiendo el esparto en los mazos para su picado, una tarea que entrañaba cierto peligro. El trabajo del monte se reservaba para los hombres. El esparto se cosechaba entre mayo y junio y después de 30 días en remojo era llevado a las fábricas para su picado. / FONDO MARIANO ANDÚJAR TOMAS



### Escuelas, con urgencia

Sin edificios, con muchos niños y escasos maestros, el panorama educativo de posguerra era desolador. Con el denominado Plan de Urgencia, se construyeron colegios como este de la Loma de la Charca. Un alivio provisional a un problema que se resolvería ya en los 60, con los primeros grupos escolares. / ARCHIVO HISTÓRICO



JOSÉ LUIS CAMPILLO

ta 10 millones de kilos en los años de bonanza. Según los datos recopilados por Callejas, en 1940 salieron a subasta por 143.000 pesetas, una cifra mínima comparados con los 9,5 millones de pesetas de precio de partida que se fijó 20 años después, un 6.500% más.

Esta «burbuja del esparto, como sin duda la hubiéramos llamado hoy», dice el autor, duró apenas 18 años. Igual que vino se fue, con la misma «brusquedad». El 22 de julio de 1958, Franco abrió el mercado a las fibras de yute y coco; el esparto se depreció de la noche a la mañana y Hellín quedó sumido en una profunda crisis.

En su libro, Callejas da cuenta del intento desesperado de los industriales hellineros por salvar el negocio, buscaban un milagro para ampliar las aplicaciones del esparto, que si un tratamiento de ultrasonidos que habían inventando en Alemania, que si disolventes de Bayer... Nada próspero y el petróleo terminó por desterrar las fibras naturales.

**LA HERENCIA.** Hoy en Hellín solo queda una factoría heredera de aquella tradición, la antigua Yutera reconvertida en fábrica de plásticos. Pero el legado del esparto perdura en la ciudad y sobre ella versa el libro de Callejas Gallar, que repasa con detalle la expansión urbanística del nuevo Hellín, mientras la ciudad antigua, «el Hellín de los cerros», entraba en declive.

Desde fallidas operaciones como el proyecto de crear una gran biblioteca o abrir una avenida que hubiese supuesto la demolición de más de 200 viviendas, a construcciones que han perdurado con las que Hellín dio respuesta a las necesidades educativas y sanitarias en los años de posguerra.

Con las arcas llenas, el Ayuntamiento de Hellín contrató a dos arquitectos, uno de ellos Adolfo Gil Alcañiz, hombre del régimen que firmó mil y un proyectos de viviendas sociales, entre otros, los bloques de Hermanos Falcó y las Casas Baratas de Fátima, en Albacete. Surge en 1941 el proyecto de la Gran Vía,

### «Mientras media España se quitaba el hambre a puñetazos, Hellín hacía urbanismo»

en «un deseo de modernidad, de cambio de pueblo a ciudad y la introducción de un estricto orden, tutelado por el orden político», relata Callejas. En una zona de huertas se proyecta una avenida de 25 metros de anchura y 1.300 de longitud, una obra de enjundia que se construyó en tres fases que se prolongaron durante 13 años, con algún que otro parón de por medio.

Se empezó colocando una gran cruz que hoy -liberada de símbolos- aún perdura y pronto se instalaron los primeros inquilinos sin ni tan siquiera tener servicios básicos, ni agua, ni electricidad, ni pavimentación. Pero la apuesta municipal por el nuevo Hellín era tal que en 1948 el alcalde de turno trasladó la Feria a este lugar. En 1955, el ministro de Obras Públicas del momento dio por inaugurada la Gran Vía que con sus futuras 21 calles adyacentes se convirtió en la columna vertebral de la nueva ciudad. En esta operación de ensanche de Hellín se ocuparon más de 700.0000 metros cuadrados a la huerta que se regaba con la Fuente Principal, la misma de la que se abastecía el pueblo.

Entre 1939 y 1947 se sucedieron ocho alcaldes, cada uno con su empeño. Vicente Garaulet ideó en 1941 un pinar urbano, lo que hoy es el parque municipal, el pulmón del nuevo Hellín, una pinada de casi 44.000 metros cuadrados. Sus sucesores, le anexionaron los jardines de la Rosaleda, una empresa de Orihuela trazó sobre el papel un ambicioso espacio versallesco, si bien se materializó con algo más de modestia. En 1949, con los espectaculares ingresos obtenidos en la subasta de esparto, se empen-

dió la compra de los terrenos para construir una recinto ferial a la altura de la ciudad y un campo municipal de deportes sin parangón.

Si la Obra Sindical de Educación y Descanso no dotaba a Hellín de las instalaciones deportivas acordes a su nivel, su Ayuntamiento lo haría y por todo lo alto, se decían.

Y eso mismo hicieron años más tarde con el instituto de Bachillerato, un osado alcalde, por su cuenta y riesgo, construyó el edificio empuñado en que los chicos de Hellín pudieran estudiar secundaria sin tener que irse a Albacete. La voluntad era buena, pero el edificio terminó siendo inútil para fines educativos, pues cuando el Ministerio de Educación por fin accedió a crear el instituto Melchor de Macanaz exigió un nuevo edificio.

Todas estas nuevas dotaciones fueron consolidando el nuevo ensanche, al mismo tiempo que «iniciaba su camino, inexorablemente, el deterioro urbano y social de la zona norte», explica Callejas, a quien entristece ver el deterioro del casco antiguo de Hellín, una decadencia que tiene sus raíces -opinando en el desigual reparto de dotaciones públicas. «Zonas verdes, espacios de ocio, instalaciones de uso deportivo, educativo y sanitario se concentraron en los alrededores de la Gran Vía en la década de los 50, otorgando mayor calidad residencial a esta zona en detrimento del resto del casco urbano, que quedó en evidente desventaja», escribe.

No todo fue apogeo económico en Hellín, la posguerra también trajo miseria y a su gobierno local le tocó dar respuesta a problemas de índole social. El Auxilio Social no daba a basto a cubrir todas las «carencias vitales» con sus cuatro comedores sociales. Surgieron iniciativas privadas como el patronato de San Rafael, impulsado por las «damas de la sociedad local», que se lanzaron a construir un albergue infantil, que, incapaces de terminar, tuvo que ser asumido por el Ayuntamiento de Hellín incorporando una carga más. El edificio, aunque con otro uso, aún perdura.

Fuente Principal, pero su potabilidad era puesta en duda ante los frecuentes episodios de fiebres tifoideas. En busca de una solución, en 1932 se solicita la traída de aguas del río Mundo para beber y regar, lo que levantó airadas protestas entre los regantes de Murcia y Alicante. En 1936 se concedieron a Hellín 900 litros por segundo para riego y 100 litros para beber, en compensación por las tierras anegadas por el Talave y la Fuensanta. El permiso estaba pero las obras se eternizaron, tanto que hasta 1966 Hellín no bebió agua del río Mundo. Mientras tanto, los vecinos seguían usando el agua del grifo solo para lavar y compraban agua de los caños para beber, todo un lastre.

